

para soportar semejante trabajo. Que en la abertura de una cantera de arena ántes de la sequedad producida por el aire exterior se pueda abrir una galería cualquiera, se comprende. Pero si se quisiera practicar una segunda ó una tercera galería encima y debajo de la primera, sería inevitable un derrumbamiento. Cada barrerazo dado para cavar las segundas galerías haría vacilar el frágil centro que las separa de la primera, y al término del trabajo se tendría por resultado una abertura ó boquero informe, pero nunca galerías ni arcos distintos propios para recibir uno ó muchos sepulcros. En efecto, no bastaba abrir galerías, era necesario también perforar las paredes con mil aberturas bastante espaciosas para poder contener cuerpos; era necesario, en fin, poder cerrar herméticamente aquellas aberturas después de la inhumación. Sin esta precaución, los miasmas pestilentes escapándose de los cadáveres hubieran hecho inhabitable la Catacumba. Venga ahora el más hábil arquitecto y que trate de cerrar aquellos arcos practicados en la puzolana con pesados pedazos de mármol ó con anchas tejas fuertemente unidas é incrustadas en una arena que cae hecha polvo al contacto más ligero, y verá si es posible á la ciencia humana resolver semejante problema. Tal es, por tanto, la manera rigurosamente necesaria con que debían cerrarse los *loculi* de las catacumbas, prueba evidente de que no podían practicarse en la puzolana.

Las Catacumbas no podían ser cavadas en la toba *litóidea*. Esta roca volcánica permite sin duda abrir espaciosas galerías, anchos lugares, elegantes tumbas y hasta habitaciones cómodas; pero la toba *litóidea* tiene toda la dureza de la piedra. Si el trabajo en la toba granular exige los brazos y el jornal de un hombre, el trabajo en la toba *litóidea* exige los brazos y

el jornal de tres hombres, porque esta roca es por lo ménos tres veces más dura que la primera. Si pues cada una de las parroquias de Roma con un colegio ó cofradía de ocho ó diez sepultureros pudiese bastar para dar sepultura á los muertos cavando los cementerios y los *loculi* en la toba granular, que presenta por otra parte la solidez deseable, ¿por qué motivo exigir de estas iglesias tan pobres y tan poco numerosas, que mantuviesen constantemente veinticuatro ó treinta sepultureros á fin de abrir tumbas en la toba *litóidea*, cuya excesiva dureza no era de ningún modo necesaria á su piadoso trabajo?

Independientemente de estas razones geológicas más que suficientes para explicar la creación de las Catacumbas en la toba granular, se puede decir que solo el instinto de la conservación debía necesariamente colocarlas allí. La puzolana y la toba *litóidea* eran buscadas ávidamente por los Romanos que hacían de ellas un gran consumo. Cavando allí sus retiros los cristianos, se exponían á ser descubiertos muy pronto. Ellos alejaban al contrario el peligro formándose habitaciones y sepulturas en la parte del suelo que el lujo ó la codicia no tenía ningún interés en explorar. Aquí el hecho confirma el razonamiento; no se conoce ninguna Catacumba ó parte de Catacumba que esté cavada en la toba *litóidea*. ¿Qué nos queda ahora, sino bendecir á la Providencia por haber dispuesto los elementos de modo que la Iglesia naciente encontrase en el suelo mismo de Roma un asilo asegurado por todas partes?

Tales son en compendio los motivos en los cuales se apoya el sabio P. Marchi, para sostener que nuestras Catacumbas son exclusivamente obra de los cristianos. En esta gran causa, he expuesto las razones de uno y otro sentir; el lector juzgará

cuál merece su adhesión. Le ruego solamente que se acuerde de que, cualquiera que sea el partido que abrace, la autenticidad de las reliquias no deja de ser ménos inatacable. Lo veremos claramente en la continuación de esta historia.

19 DE DICIEMBRE.

Caractéres generales de las Catacumbas.—Los sepultureros.—Historia de las Catacumbas.—Catacumbas de San Pedro.—Su origen.—Sus glorias.

La Capilla papal nos había atraído á San Pedro, y estábamos preparados para visitar la Catacumba Vaticana. Antes de penetrar á ella, nos falta completar el estudio general de la Roma Subterránea. Ya sabemos que la mano de nuestros padres creó la maravillosa ciudad; pero ¿fueron los cristianos sin distinción los arquitectos? ¿Ninguna dirección presidió al trabajo? ¿Son nuestros cementerios un conjunto de galerías puestas unas al lado de las otras á la casualidad y sin regla? El estudio de las Catacumbas, de acuerdo con la historia, responde negativamente. En el inmenso laberinto se descubre un plan uniforme que determina las partes interiores de cada cementerio y que ligando entre sí las diferentes Catacumbas tiende á no formar de ellas más que un solo y vasto dormitorio.

Desde luego, la dimensión de las galerías, inexplicable en el supuesto del origen pagano, se justifica por sí misma, bajo el punto de vista del destino cristiano, y atestigua un plan sábiamente concebido. Las galerías son estrechas y se comprende que deben serlo. Era bastante que diesen paso á dos hombres cargados para depositar un muerto en la tumba. Además, había siempre una gran dificultad, algunas veces hasta un peligro sério, en trasportar

á otra parte los materiales que provenían de la excavación. Así las galerías debían ser tanto más estrechas cuanto más aumentaren los escombros por la imperiosa necesidad de cavar las paredes á fin de practicar en ellas aberturas capaces de recibir dos, tres y hasta cuatro cuerpos.

En seguida la dirección rectilínea toma su explicación del rito cristiano, según el cual los cadáveres deben ser extendidos en el sepulcro y no deben ponerse encorvados ó hechos bola. En cuanto al corte vertical de las paredes está en relación con la cerradura de los diferentes pisos de sepulcro. Es evidente que no podrían sostenerse si la cerradura de las tumbas superiores no cayese perpendicularmente sobre la parte llena de la cerradura inferior.

En fin, la profundidad total de los *loculi* de derecha é izquierda excede en general á la anchura de la galería intermediaria, lo que denota de una manera evidente que ésta ha sido abierta para el servicio de las tumbas y de ningún modo con un objeto de explotación material.

Lo mismo que las tumbas y las galerías, la sepultura no se ha dejado al capricho ó al arbitrio; es uno mismo el modo en todas las Catacumbas. Un nicho cortado horizontalmente en las paredes, capaz de contener uno ó muchos cuerpos extendidos y cerrado por losas de mármol, de piedra, ó por anchos ladrillos fuertemente unidos entre sí; hé ahí lo que se reproduce seis millones de veces en los cincuenta cuarteles de la Roma Subterránea. No ménos que la forma de las galerías, esta manera de sepulturar los cuerpos supone, pues, un plan pensado con anticipación y rigurosamente observado. Ella prueba también que este mismo plan, así como las Catacumbas en donde ha sido ejecutado, son de origen exclusivamente cristiano. Los Griegos y los Romanos quemaban á sus muertos, cuyas cenizas encerraban en ur-

nas; los Egipcios los conservaban en sus casas. Solo los Judíos hacían sus sepulcros en las cavernas y en las rocas, en donde depositaban los cuerpos enteros, cubiertos con lienzos después de haberlos embalsamado.

¿De qué modo se encuentra este sistema de sepultura repentinamente en Occidente, en donde era desconocido; en Roma, en donde prevalecía para muchos siglos, una costumbre absolutamente contraria? Fuera de los datos cristianos, esta cuestión permanece sin resolución; bajo el punto de vista de la fe se explica por sí misma.

San Mateo nos enseña que después de la muerte de Nuestro Señor, José de Arimatea fué á ver á Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús. Habiéndole obtenido, le cubrió con un lienzo perfectamente limpio, con perfumes, y le puso en un sepulcro cavado en la roca, cuya puerta cerró con una gran piedra. El Evangelio tiene cuidado de añadir que tal era la manera de sepultar entre los Judíos. 1 Léjos de abolir esta costumbre del antiguo pueblo, Nuestro Señor la consagró adoptándola para sí mismo. Además, el fundador del cristianismo en Roma, San Pedro, era judío de origen. ¿Qué cosa más natural que los cristianos instruidos por el apóstol adoptasen este modo de sepultar? ¿y qué cosa más evidente que así lo han hecho? Sus tumbas, como la del Hombre-Dios, están cortadas en la roca y cerradas con piedras ó con ladrillos. En ellas están envueltos los cuerpos con lienzos muy limpios, algunas veces con muy ricas telas, y defendidos de la corrupción con una gran cantidad de aromas. «La Arabia y la Sabea, dice Tertuliano, nos envían más aro-

1 Acceperunt ergo corpus Jesus et ligaverunt illud inteis cum aromatibus, sicut nos est Judæis sepelire. *S. Joan.*, c. XIX, 40.

mas para sepultar á nuestros muertos, que los que venden para incensar á sus dioses.» 1 «Nuestra manera de sepultar, añade Prudencio, consiste en extender lienzos de una blancura y de una finura extremas, sobre los cuales derramamos perfumes a fin de conservar el cuerpo.» 2

Tales eran el cuidado religioso y la piadosa prodigalidad con que se esforzaban los primeros cristianos en preservar de las desolaciones de la tumba aquellos cuerpos destinados á la resurrección gloriosa, que un gran número de *loculi*, abiertos quince siglos después de la sepultura, dejaban todavía escapar el agradable olor de los perfumes. 3 En multitud de otros, los sudarios, las telas de lana y de seda que sirvieron de mortaja atestiguan el mismo hecho.

Hé aquí un nuevo rasgo de semejanza. Según el testimonio del Evangelista, las santas mujeres habiendo comprado perfumes se apresuraron á dirigirse al sepulcro á fin de embalsamar el cuerpo del Salvador. 4 Esta noble conducta no quedó sin imitadores. Nada iguala al empeño de los cristianos en ir á derramar aromas preciosos ante los sepulcros de los mártires. 5 Las mujeres cristianas, á ejemplo de Magdalena y de María, se distinguieron sobre todo por su valiente celo en aquel piadoso deber. 6 La costumbre de que se trata, nacida en el Calvario, continuada en las

1 Thura plane nos enimus. Si Arabiæ queruntur, sciant Sabæi pluris et carius suas merces christianis sepeliendis profigari quam diis fumigandis. *Apol.*, I, 42.

2 Condore nitentia claro præterdere lintea
(mos est,
Aspersaque myrrha sabæo corpus medica-
(mine servet

3 Boldetti, lib. I, c. 59.

4 Luc. C. XXXIII.

5 Titulumque et frigida saxa

Liquido spargemus odore.

Derramaremos los aromas sobre las inscripciones y sobre las piedras sepulcrales.

6 Boldetti, lib. I, c. 59.

Catacumbas, se ha perpetrado con gran magnificencia en el mundo entero desde la paz de la Iglesia. Además del incensamiento de las reliquias, tenemos dos hechos que dan testimonio de ello. En las suntuosas fundaciones de Constantino en favor de las basílicas cristianas se encuentran siempre rentas considerables para suministrar aromas, incienso y aceite de nardo destinados á los sepulcros de los apóstoles. La Iglesia de Roma poseyó largo tiempo un vasto dominio en la Babilonia, cuya renta anual consistía en una cantidad de bálsamo suficiente para quemar noche y día ante los cuerpos de San Pedro y de San Pablo. 1

Es verdad, además, que las Catacumbas presentan un cierto número de cuerpos sepultados en la cal viva. Cuando se conoce el celo extremo de los primeros fieles por conservar intacto el despojo de sus hermanos, causa admiración desde luego que hayan empleado un elemento cuya propiedad consiste en consumir tan prontamente las carnes que se le confían. Pero reflexionando en ello, no se tarda en reconocer que una imperiosa necesidad les obligaba á preferir la salud de los vivos á la conservación más larga de los difuntos. Es verosímil que los cuerpos de que se trata no habían podido ser inhumados inmediatamente después del fallecimiento; este caso no debía ser raro. Se sabe que los perseguidores no despreciaban ninguna precaución para impedir á los cristianos que llevasen consigo los restos de los mártires y les diesen sepultura. A fin de prevenir la putrefacción que podía dañar á los fieles y dar el aviso á los paganos, la pobreza de nuestros padres recurría al uso infalible y poco dispendioso de la cal viva. 2

1 Bar. *Ann.*, t. X, an. 1061.

2 P. Marchi, p. 19.

Entre el Calvario y las Catacumbas señalamos una última conformidad. En la tumba momentánea del Hombre-Dios no debió grabarse ninguna inscripción fúnebre. HA RESUCITADO, NO ESTAY A QUI, tal es la divisa triunfal que la fe del universo lee sobre aquella tumba que nada tendrá que devolver. En cuanto lo permiten las leyes de la Providencia los primeros cristianos imitaron en sus sepulcros el lado glorioso del sepulcro del vencedor de la muerte. No pudiendo escribir: HA RESUCITADO, han escrito: RESUCITARA. Así como en la larga oscuridad de las noches de invierno, las estrellas lucen con un brillo más vivo en la bóveda del firmamento, así en la profundidad de las Catacumbas el dogma de la Resurrección futura resplandece con un brillo incomparable. Las palabras *depositus in pace quiescit*, grabadas sobre millares de tumbas, son como otras tantas voces que proclaman bajo las sombrías bóvedas de la inmensa necrópolis el gran dogma de los cristianos: *Fiducia christianorum resurrectio mortuorum*. 1 Es, pues, cierto que las galerías, las tumbas, el modo de sepultar, las inscripciones, todo prueba un plan ordenado en la disposición particular de las Catacumbas, así como la intención manifiesta de parte de los cristianos, de imitar en su muerte, como en su vida, al Dios Salvador, su amor y su modelo. 2

La disposición general de la Roma subterránea revela con la misma evidencia otro carácter eminentemente cristiano. Si la resurrección de los cuerpos es el artículo fundamental del símbolo católico, la caridad es el primer precepto del Decálogo. Además, el precepto, así como el dogma, se encuentra grabado en las Catacumbas.

1 Tertull., *De Resurrect. car.* c. 1.

2 Marchi, p. 61.

No daré aquí de ellos sino una prueba general, reservando para otro día los testimonios particulares.

El primer efecto de la caridad cristiana es la igualdad ante Dios. ¡Igualdad santa, madre de la libertad y de la dignidad que distingue todavía las naciones modernas, con qué brillo lucís sobre las modestas tumbas de nuestros gloriosos antepasados! En sus cementerios, el mártir está distinguido del simple cristiano; pero el signo de distinción no consiste ni en una urna, ni en un osario ó jarra cineraria de cristal, de alabastro, de mármol, que eclipsa por su riqueza y por la belleza de sus esculturas ó por las jarras comunes de tierra cocida. Una jarra de sangre de la forma y de la materia más sencilla, incrustada en la pared con cal; una palma grabada sobre la piedra sepulcral y más comunmente impresa en la cal fuera de la tumba; tales son los signos que permite aquella igualdad perfecta. A la verdad, se encuentran en el interior ó en el exterior muchos sepulcros, pinturas, mosaicos, objetos de bronce, de marfil, medallas, perlas y otros signos semejantes; pero no están puestos allí de ningún modo para indicar una superioridad de nacimiento ó de mérito. En ellos deben verse simples testimonios del amor de los vivos hacia sus parientes y amigos difuntos. Esta es la traducción palpable del afecto tan vivo y tan verdadero que respira en la mayor parte de las inscripciones funerarias. He dicho que esta igualdad en la tumba es un carácter distintivo del cristiano; porque todo el mundo sabe que era completamente desconocido de los paganos.

El segundo efecto de la caridad es la unión que de todos los hijos de la Iglesia no forma más que un solo corazón y una santa alma, según la enérgica expresión del Evangelio; la vida de nuestros padres fué un ejemplo de esto de tal modo heró-

co y de tal modo continuo, que sus perseguidores mismos se admiraban de ello. ¹ Esta unión cordial, hija de la fe é inmortal como su madre, sobrevive á la muerte y se manifiesta radiosa en nuestras Catacumbas. Los primeros fieles de Roma, perdidos en medio de un valle inmenso, siempre espiados ó perseguidos por los paganos, no podían reunirse sino pasajeramente en sus asambleas religiosas ó en sus inocentes agapas. Las prisiones en que ellos sufrían, los anfiteatros en donde morían juntos, fueron los lugares en los cuales se encontraron tal vez con más frecuencia. Separados á su pesar durante la vida, aspiraban al ménos á descansar juntos después de su muerte, no formar más que un solo dormitorio así como no formaban más que una sola familia, un solo corazón, una sola alma; esta era toda su ambición. Pero la creación de una sola Catacumba era cosa imposible. Por una parte, un cementerio único hubiera sido insuficiente para la multitud de los muertos á quienes cortaban la vida la enfermedad y más todavía la espada de los verdugos secundada por los leones del Coliseo. Por otra parte, este único cementerio, forzosamente lejano de muchos cuarteles, hubiera creado peligros inevitables á los sepultureros encargados de sepultar los cuerpos, así como á todos los cristianos, cuyo consuelo era ir á orar en los sepulcros de los mártires. La prudencia y la necesidad hicieron, pues, cavar diferentes Catacumbas alrededor de la ciudad; pero por grande que sea la distancia que las separa, es fácil ver, estudiándolas, que la intención de los fundadores era ligar las unas con las otras de modo que no formasen más

¹ Vide ut invicem se diligant et ut pro altero mori sint parati. Ved cómo se aman mutuamente y cómo están preparados para morir el uno para el otro.

Tert., *Apol.*, c. 40.

que un inmenso y único cementerio, dividido solamente como Roma misma, por el curso del Tiber. ¹ En esta sublime necrópolis, San Pedro inhumado en el Vaticano aparece con el jefe de la región trastiberina y protege á Roma al Norte y al Occidente, mientras que San Pablo, cuya sepultura se encuentra en la vía de Ostia, es el jefe de la región cistiberina y protege á Roma en el Sur y en el Oriente. ²

La resurrección y la caridad, estos dos dogmas exclusivamente católicos, grabados por todas partes en las Catacumbas, de las cuales son el alma y el secreto, distinguen también á nuestros cementerios cristianos, que es imposible confundirlos alguna vez con los sepulcros paganos. No es esto la menor prueba de que las Catacumbas son la obra exclusiva de nuestros padres. He visto muchas tumbas paganas, muchos mausoleos, muchos columbarios; otros han visto más que yo; y en ninguna parte se encuentra allí indicado el dogma de la resurrección de la carne. A la creencia de la redención del cuerpo á la nada se juntaba en el paganismo el dogma del egoísmo. Así como los actos de su vida pública ó privada, así también las tumbas de los paganos reflejan ese dogma en su repugnante desnudez. Una rápida mirada basta para adquirir una prueba de esto. Las tumbas paganas se dividen en tres clases: los *mausoleos*, los *columbarios*, y los *poti-culi* ó la fosa común.

Los MAUSOLEOS. Se puede dudar si alguna vez el orgullo y el egoísmo han subido más alto que en la construcción de

¹ Véanse las pruebas en todos los arqueólogos romanos y principalmente en el P. Marchi, ps. 68 y 78.

² A facie hostili duo propugnacula præsunt Quos fidei turres Urbs caput orbis habet.

FURTUN., *Car.*

Ve aquí las dos torres de fe que defienden á la ciudad, cabeza del orbe de todos sus enemigos.

aquellos gigantescos monumentos, en que el mármol, el bronce, las pinturas, la plata y el oro parecen haberse dado cita para producir maravillas capaces de desafiar la acción destructora de los siglos. Aquellos sepulcros suntuosos se levantan siempre para un solo individuo; basta nombrar la pirámide de Céstio, el monumento de Cecilia Metella y el muelle de Adriano. Algunos se abrían para dos miembros de la misma familia. Tales eran el mausoleo de Augusto destinado á recibir también las cenizas de sus sucesores; el de la *Gens* (familia) Pláucia en la vía de Tibur; los magníficos hypogeos (a) de los Scipione en la vía Apia; los sepulcros no ménos suntuosos de los Lentulo, de los Dolabella, de los Cétego, de los Cecilio y de otra multitud.

Los COLUMBARIOS. Si la fortuna no permitía á todos edificar por sí suntuosas tumbas, todos, sin excepción, repugnaban igualmente tener una sepultura común. De aquí nacieron los columbarios, destinados á las diversas asociaciones de libertos, de negociantes, de artistas. No es raro encontrar en ellos algunos de esclavos cuyo pequeño peculio sirvió para comprarles un lugar ó á quienes sus amos se los dieron generosamente; para los demás la exclusión era absoluta. Entre una multitud de inscripciones, me contentaré con referir las siguientes que demuestran aquella importante cesión:

C. AVILIO. LESCHO

TI. CLAUDIVS. BVCCIO.

COLVMBARIA IIII. OLL. VIII

SE. VIVO. A. SOLO. AD

FASTIGIVM MANCIPIO

“A. C. Avilio Lescho Tito Claudio Bucio dió, estando vivo, el derecho de sepultura, cediéndole en el columbario, desde el piso bajo hasta el alto, cuatro nichos y ocho urnas.”

Hé ahí el don:

G. C. GAMIANUS
SIBI ET QVINTIÆ
VALERIE CONJVG
BENEMERENTI
HELFIDIO *pqmi*
ONI. ET AVGVSTÆ
QVARTILLE VIVO
ME LOCA CESSI.

"G. C. Gamiano por sí, y por su benemérita mujer Quincia Valeria concedió el derecho de ser sepultados á Primónio y á Augusta en su sepulcro."

Hé ahí una cesion en virtud de la cual Primónio y Augusta adquirieron el derecho de ser inhumados en la tumba de Gamiano.

D. M. S.
L. FABIVS. MODESTVS.
SIBI. ET. SVIS. OMNIBVS.
INSTANTIA. ET. LABORIBVS.
SVIS. FECIT.

"Consagrado á los Dioses manes Lucio Fabio Modesto, para sí y para los de su familia con trabajo y empeño construyó este sepulcro."

Hé aquí un sepulcro exclusivamente reservado á los miembros de la misma familia.

D. M.
T. ELIO. AVG. LIB. G. LAVCO.
CVBICVLA QVO
STATIONIS. PRIMAE.
ROSCIA. LYDE.
CONJVGI. KARISSIMO.
HENEMERENTI. FECIT.
ET. SIBI. ET. SVIS. ET. L. L. B. L. LIBERT.
P. E. HOC. MONIMENTVM. H. N. S.

"A los Dioses Manes. A Tito Elio libertado de Augusto, á Gabino Glauco camarista de la primera habitacion; á su amado esposo benemérito; Roscia Lyde hizo este sepulcro: y para sí, y para los de su familia; y para sus libertos, sus libertas, y

sus descendientes. Este monumento no pertenece á los herederos."

Aquí la propietaria Roscia Lyde, tiene á bien conceder el derecho de sepultura en un sepulcro á sus libertos, á sus libertas y á sus descendientes; pero notad la cláusula: *Hoc monumentum heredes non sequitur*. "Este monumento no pertenece á los herederos." Esta fórmula sacramental, que traduce tambien la exclusion celosa dada no solo á los extranjeros, sino tambien á los propios herederos del difunto, se encuentra á cada paso y se expresa por los signos siguientes: H. M. H. N. S. Ordinariamente penas severas, maldiciones, multas enormes, expresadas en los sepulcros, amenazan al atrevido que osase enajenar el columbario ó poner allí un extraño. 1 Muchas veces tambien se llaman sobre él todos los rigores de la justicia. 2 Tal era el espíritu de la sociedad romana. Algunos años ántes de que los cristianos diesen en sus Catacumbas el magnífico ejemplo de caridad y de igualdad universal, que hemos admirado, Ciceron nos enseña que la religion y la ley continuaban protegiendo con toda su autoridad el dogma pagano del egoismo y del orgullo, llevados al más alto grado. 3

1 Si quis autem hoc vendere voluerit, arka pontificum L. SS. X. millia nummum inferet; vol si quis alienum corpus hic intulerit, poenam supra scriptam inferat. "Si alguno quisiese vender este lugar de los sepulcros, introduzca en el tesoro de los pontífices diez mil monedas; ó si alguno introduce en él un cuerpo extraño, incurra en la dicha pena."

Relacion por Fabretti, p. 265, n. 110.

2 Huic monumento intercedat lex ne donatio fiat; quod si quis admiserit inferat, aerario P. R.—H.—S. XXX. N. *Inscripcion del Museo de Verona*, p. 320—31. "La ley prohíbe se done este monumento; por lo cual si alguno lo admitiere, pague al erario del Pueblo Romano treinta mil monedas."

3 Sane tanta religio est sepulcrorum ut externa sacra et gentem inferri fas nequeat esse. *De Leg.*, lib. II, c. XXII. "A la verdad hay tanto respeto de los sepulcros, que las leyes prohibieron como ilícito introducir en ellos hombres y cosas sagradas, ajenas ó extranjeras."

Los PUTICULI. La tierra y el dinero hubieran faltado á la reina del mundo, si hubiese querido inhumar en columbarios ó en mausoleos tantos millones de plebeyos y de esclavos que se removieron en su vasto recinto durante nueve ó diez siglos. La gran luz de la salubridad pública le hizo encontrar para esta parte de la poblacion un modo de sepultura que manifiesta el orgullo y el egoismo casi con el mismo brillo que los más suntuosos mausoleos. Habia *Ustrinae publicae*, ú hogueras públicas que servian para consumir los cuerpos. Estas eran cuadradas, rodeadas de fuertes paredes, en las cuales se arrojaban confusamente los cadáveres de los desgraciados esclavos y de los pobres. Una gran cantidad de materias resinosas alimentaban el fuego y prevenia con el humo odorífico la corrupcion de la atmósfera. Muchas veces tambien se arrojaban á fosas profundas cavadas fuera de la puerta Esquilina, los cuerpos de los hombres con los cadáveres de los animales, y todos se podrian juntos. 1 Entre esta manera vergonzosamente salvaje de tratar los restos del hombre y la respetuosa sepultura de las Catacumbas, se encuentra toda la distancia que separa el paganismo del cristianismo.

Pido perdon al lector por no haberle cumplido la palabra. Hemos convenido en que haríamos hoy conocimiento con los sepultureros de la primera Iglesia y en que bajaríamos juntos á las Catacumbas del Vaticano; pero es demasiado tarde para cumplir esta promesa. El estudio de los caracteres generales de nuestros ce-

1 *Puticulos dicunt appellatos, quod vetustissimum genus sepulturae in puteis fuerit, eumque locum fuisse publicum extra portam Esquilinam. Sed inde potius appellatos esse existimat puticulos. A Elius Stilo quod cum in eum locum patresfamilias pecudes mortuinas et vilia projicerent mancipia, ibi cadavera ea putrescerent.*—Festus *ad verb.* Puticuli; *ed. Car. Od. Muelleri.*

menterios ha absorbido todo nuestro tiempo. Ojalá y al ménos los haya descrito de una manera bastante clara para no dejar ninguna duda sobre la existencia del plan profundamente cristiano que ha presidido á la formacion de la Roma Subterránea y que la distingue de todo punto de las sepulturas paganas.

20 DE DICIEMBRE.

Los sepultureros.—Retrato.—Impresion.—Oracion.—Catacumba Vaticana.—Su origen.—Sus glorias.—Sudario de los mártires.—Instrumentos de suplicio.—Veneracion de los fieles.—Mundo cristiano.

Visitar por la mañana el Coliseo, bajar por la tarde á las Catacumbas, contemplar sucesivamente la sangrienta arena en donde en una heroica lucha alcanzaron los mártires sus palmas inmortales, y las sombrías profundidades elegidas por una piedad no ménos heroica para rodear sus restos dos veces venerables con todos los homenajes del amor y de la fe; tal es la felicidad que nos valió hoy el retardo de la vispera. La sombra gloriosa de los sepultureros nos detuvo de nuevo en los umbrales de la Catacumba Vaticana. Ayer habíamos reconocido la existencia de un plan perfectamente seguido en la construccion de la Roma subterránea. Inspirados por la fe, nuestros padres lo habian concebido desde luego, y su ejecucion se confió á los sepultureros. Es tiempo de trabar conocimiento con aquellos inmortales arquitectos y con aquellos sublimes emprendedores.

Por mucho que nos remontemos en la historia de la Iglesia Romana, se encuentran siete diáconos establecidos en las catorce regiones de la Ciudad. Cada diácono tenia un lugar, una casa, un cuarto tal